

Llorando al muerto

En 1750 vivía Don Gaspar De Salas, a una cuadra de la ermita “Las Mercedes”, en la recién fundada parroquia de Altagracia, (la segunda después de la parroquia Catedral fundada en 1937) en la casa que hacia esquina. Don Gaspar ostentaba el título de “Secretario Ad-honoren de su Majestad”. Por esta razón se llamó el cruce de las calles “Esquina de Salas”. Años después en el gobierno de Guzmán Blanco, las casas de toda esa cuadra fueron derribadas para construir la “*Casa Municipal de Beneficencia*”, donde funcionó hasta 1945, cuando se modificó para instalar en ella el “Hospital de Emergencias de Salas” conocido como “Puesto de Socorro de Salas”.



El 15 de septiembre de 1966, al salir de la Universidad Católica situada de Jesuita a Quebrada Honda, en el antiguo colegio San Ignacio de Loyola, el Sr. Gabriel José Páez a la sazón director de la Digepol (policía política), había dado la “cola” a dos damas compañeras del curso sobre recursos humanos, cuando sufrió un ataque de la guerrilla urbana, quienes ametrallaron el carro, hiriendo de muerte a las dos da-

mas, sin embargo el escolta sufrió una herida abdominal y el jefe policial presentó una herida menor.

Estaba de guardia cuando llegaron los heridos, se formó un pandemonio, había policías por doquier y dirigentes políticos. Los pacientes habituales habían sido despachados, prácticamente cerraron el hospital. El chofer fue llevado a quirófano, sin mas me retiraron del área y fui sustituido. Hasta un futuro presidente de la República entró a la sala de operaciones. El hospital recuperó su trabajo habitual al día siguiente. Ese día me pagaron mi primer sueldo de 150 bolívares que tenia que repartir con dos compañeros. La guardia la entregamos a las siete de la noche y decidimos que debíamos celebrar este primer pago, de manera que nos fuimos a un restaurant en Santa Mónica, comimos poco y tomamos cerveza en cantidad suficiente para sentirme mal. El hecho es que gastamos todo lo que teníamos, a mi solo me quedaron dos bolívares y ya era las 11 de la noche, caminé hasta la avenida Victoria, donde tomaría un autobús que me llevaría a Montalbán donde vivía. Permanecí mas de media hora esperando, pero no llegó el transporte, así que decidí caminar, al llegar a la “Roca Tarpeya”, estaba completamente oscuro y temía pasar por ahí, así que pensé en esperar hasta que amaneciera.

En la acera de enfrente había una arepera, donde me dirigí y dije: “*Portu* cuanto cuesta una arepa de queso” me contestó: “*um e cinquenta*”, ok, dame una y un *cuartito* de leche. Con los tragos en la cabeza y entre los bocados

de la arepa, practiqué el deporte nacional: hablar mal del gobierno, de lo caótico del transporte público etc., no le hablaba a nadie en particular, pero a mi lado estaba un señor de baja estatura, de unos cincuenta años, quien compraba café para llevarlo en una de esas botellas de boca ancha (Green spot), sin duda me escuchó y me dijo: si no le importa y me acompaña a llevar este café al cementerio, yo lo puedo llevar en mi taxi. En mi mente se arremolinaron las ideas, no tenía dinero, tendría que despertar a mis padres y además me verían pasado de tragos, pero que mas daba. Debía salir de esta situación y sin mas le dije que si.

Me monté en el carro el cual no estaba en las mejores condiciones, me senté en el puesto delantero y el Sr. Juan que así se llamaba, me dijo: la puerta no cierra bien, de manera que tiene que aguantarla con la mano para que no se abra. El carro olía a aceite.

Me explicó que acababa de hacerle una carrera a una señora que se le había muerto su esposo y que lo estaba velando en la capilla que estaba al inicio del *Cementerio General del Sur*. Me dio mucha lástima porque no había nadie y decidí traerle algo de café para que pase la noche.

Nos bajamos del carro para llevarle el café, la señora no reconoció al chofer, y nos dijo Uds. son los únicos que se han acordado de mi marido, nos abrazó y fuimos hasta el féretro y lo vimos.

Nos sentamos, el Sr. Juan me dijo por lo bajo, tendremos que quedarnos un rato, la señora cree que somos sus amigos. Ok, le dije. La viuda abrió la cartera y sacó una botella de ron Santa Teresa, nos la ofreció y tomamos los tres a *pico de botella*. El mareo que se me estaba pasando se reactivó y al tercer trago todo me daba vueltas. Periódicamente nos parábamos y decíamos

que había quedado igualito, lo injusta que era la vida, llevándose a un hombre en su plenitud.

La viuda nos contó que el no había sido un santo, que tenía otras mujeres y lo que le pasó era por castigo de Dios.

Las rondas continuaron tanto del aguardiente como de los epítetos alrededor del ataúd, el colmo sucedió, cuando empezaron los llantos y los lamentos; con el paso del tiempo hablábamos de la cosas que habíamos hecho junto, que era del equipo del Caracas y asistíamos juntos al estadio. Que raro, porque el era del Magallanes. Los amigos son los amigos, aunque sean de equipos diferentes.

Yo ya no contenía las lágrimas por la pérdida de un amigo, con todo lo que habíamos compartido, en los viajes que hacíamos al interior para las fiestas patronales de Casimiro, que el se portaba como un padre para mi. Todas estas cosas las sacábamos como conclusión de las cosas que ella nos decía.

Cerca de la madrugada creo que el Sr. Juan estaba procurando a la viuda y esta como que se dejaba, hasta vi el intercambio de papelitos.

Salió el sol, llegaron los enterradores que tenían que trasladar la sandáfila hasta el sitio conocido como "la Peste" donde sería enterrado. La despedida fue igual con llantos y abrazos muy fuertes, con palmaditas en la espalda.

Buscamos el carro, ya no sabíamos en donde lo habíamos dejado.

El Sr. Juan me llevo hasta mi casa. Le dije espéreme aquí que voy a buscar dinero para pagarle la carrera, el me contesto, después de esta noche como le voy a cobrar, si somos amigos de farra, olvídense del pago, me dio su teléfono y dirección. Ya se donde vives, si me necesitas llámame.

Años después le opere una hernia .